

y noches, se perdiese la salud con el sueño, y sin él corre peligro también de perderse el juicio (como se ve que ha sucedido á muchos escrupulosos, y á otros enfermos deste espiritual achaque) es menester dar lo necesario al cuerpo, para que sirva al espíritu.

Por eso dice la Santa, que algunas veces no es el demonio, sino Dios el que quita la oracion. Esto es, que viendo su divina Majestad la flaqueza del sugeto, le dá solo aquello que puede el sugeto tolerar.

20. La segunda máxima: que pues Dios habia puesto á su hermano en mas alto grado de oracion de lo que es consideracion del infierno, dejase esto, y se llevase de aquello que Dios le daba.

Yo no dudo, sino que en calentando Dios el corazon, y el alma en su amor, ya no le hace fuerza el temor, arrastrada, y llevada del amor; porque es su ley el amor, y no el temor.

21. Quien á Dios ama con perfecta caridad, no le ama porque hay infierno, y porque si no le ama se irá al infierno, ni porque hay cielo, y si le ama se irá al cielo; sino porque hay Dios, y aquel Dios es su bien, su criador, y su cielo; y le ama, y amará, aunque le tuviera, siendo posible, en las penas del infierno, y aunque le negara el cielo; porque le ama por quien es; y lo amará, porque ama al digno de todo amor, y le ama sin interés, ni amor servil, solo con la caridad ardiente, desasida, pura, y santa; y es un temor reverencial, no servil, y el amor echa fuera el temor: *Perfecta charitas foras mittit timorem* (1. Joan. 4, v. 18).

Todavía en todo tiempo es bien tener delante las Postrimerias algunas veces; porque pueden cesar los sentimientos del amor, y declinar á una vana presuncion, de donde haya menester, para salir de allí, humillarse, y pensar en las últimas Postrimerias.

22. Tiene la vida espiritual grandes desigualdades de estados; y ya se toca con las estrellas; y ya en un instante se llega á los abismos: y suele criar el amor tal confianza, y esta una interior, y secreta presuncion, y soberbia tal de que ama, que há menester que se le quite el temor. Y así el buen espiritual ha de andar entre el amor, humillado; y entre el temor, confiado; considerando algunas veces, que por santo que sea, desde la gracia al infierno, ni hay en él mas distancia que una delgada pared, que es su propia voluntad. Y otras: si está temeroso ha de pensar que entre él, y el infierno hay un larguísimo espacio; porque está Dios con su gracia, misericordia, y socorros.

23. En el número décimo sétimo habla de aquel celestial mote, *Buscate en mí*, que dió ocasion á la carta quinta, ó vejamen. Y en el décimo octavo alaba el espíritu de Francisco de Salcedo, que fué uno de los conferentes; y alábalo de humilde, que es soberana virtud, y por eso muy singular la alabanza.

24. En el siguiente encomienda á su hermano, que conserve el sueño, para conservar la cabeza, y tener oracion. No hay duda que es menester proporcionar la penitencia con los ejercicios de virtud; porque si en esta se escede, se faltará en aquellos; y todo debe templarlo, y moderarlo el espíritu de discrecion.

25. Luego para recrear á su hermano la Santa, le envia unos espirituales villancicos, y muy sentidos, y místicos; y que sobre ellos tienen

bien que discurrir sus hijos, é hijas en sus santas, y honestas recreaciones.

Esplica la Santa el primero de ellos en la carta que se sigue, y yo explicara los segundos, aunque no lo han menester, para quien anda en espíritu, y en verdad; pero por no dilatarme, y molestar al lector con una no precisa esplicacion, me mortifico yo primero con el silencio.

26. Luego, despues de escribir divinidades en estos villancicos llenos de sentimientos interiores de un espíritu enamorado de Dios, hace sobre si misma reflexa, y donaire de si misma, acusandose, y diciendo á su hermano: *Mire qué seso de fundadora?* Como si dijera: ¿Mire qué seso de fundadora, que hace coplas? ¿Qué seso de fundadora, que gasta en hacer versos el tiempo que habia de gastar en hacer constituciones? Qué seso de fundadora, que el tiempo que habia de gastar en orar, y en gobernar, gasta en hacer versos, coplas, y villancicos?

27. Pero con licencia de la Santa, y de su humildad, debemos decir nosotros: ¿Miren qué seso de fundadora, que no cabiendo en el pecho los sentimientos de Dios, los pasa á la pluma, y al papel, para que otros tengan estos mismos sentimientos? ¿Qué seso de fundadora, que alaba á Dios perpétuamente, en prosa, y en verso, con su pluma, con su voz, y con sus obras? ¿Qué seso de fundadora, que como otro David, le hace versos á su Esposo, y á su Dios? ¿Qué seso de fundadora, que hace el milagro grandioso de no abrasar el papel con el fuego de su amor en estas coplas?

28. ¿Y qué seso no tenía, y manifestaba en sus cánticos Moysen? ¿Qué seso Ana, la madre de Samuel en el cántico, que hizo en el templo delante del sacerdote? ¿Qué seso David en sus inefables salmos? ¿Qué seso la Virgen santísima nuestra Señora en su *Magnificat* admirable? ¿Qué seso no tenía Zacarias en el cántico del *Benedictus*? ¿Qué seso no tuvieron los santos al componer sus himnos á Dios, de que se compone el rezo? ¿Qué seso no tuvieron san Gregorio Nacienceno, san Ambrosio, y san Bernardo, y otros infinitos santos, que ocupaban el tiempo en hacer himnos, coplas, villancicos á Dios? Este seso, y espíritu, este amor, estos vivos sentimientos tenía esta soberana fundadora.

CARTA XXXII.

Al mismo señor Lorenzo de Cepeda, hermano de la Santa.

Jesus sea con vuestra merced. Quanto á lo del secreto, de lo que me toca, no digo que sea de manera que obligue á pecado; que soy muy enemiga desto, y podriase descuidar: basta que sepa que me dará pena. Lo de la promesa ya me habia dicho mi confesor, que no era válida, que me holgué harto; que me tenía con cuidado también.

2. De la obediencia que me tiene dada le dije, que me ha parecido sin camino. Dice que bien está; mas que no sea promesa á mí, ni á nadie; y así no la quiero con promesas; y aun lo demás se me hace de

mal; mas por su consuelo paso por ello, á condicion que no la prometa á nadie. Holgádome hé, que vea que le entiende el padre fray Juan de la Cruz, como tiene esperiència: y aun Francisco tiene algun poco; mas no lo que Dios hace con vuestra merced. Bendito sea por siempre sin fin. Bien está con entrambos ahora.

3. Bueno anda nuestro Señor. Paréceme que quiere mostrar su grandeza en levantar gente ruin, y con tantos favores, que no sé que mas ruin que entrambos. Sepa que há mas de ocho dias, que ando de suerte, que á durarme, pudiera mal acudir á tantos negocios. Desde antes que escribiese á vuestra merced me han tornado los arrobamientos, y háme dado pena; porque es, cuando han sido, algunas veces en público, y así me ha acaecido en Maitines. Ni basta resistir, ni se puede disimular. Quedo tan corridísima, que me querria meter no sé donde. Harto ruego á Dios se me quite esto en público; pidaselo vuestra merced que trae hartos inconvenientes, y no me parece es mas oracion. Ando estos dias como un borracho en parte: al menos se entiende bien, que está el alma en buen puesto: y así como las potencias no están libres, es penosa cosa entender en mas de lo que el alma quiere.

4. Habia estado antes casi ocho dias, que muchas veces ni un buen pensamiento no habia remedio de tener, sino con una sequedad grandísima. Y en forma me daba en parte gran gusto; porque habia andado otros dias antes como ahora; y es gran placer ver tan claro lo poco que podemos de nosotros. Bendito sea el que todo lo puede. Amen. Harto he dicho. Lo demás no es para carta, ni aun para decir. Bien es alabemos á nuestro Señor el uno por el otro; al menos vuestra merced por mí, que no soy para darle gracias las que le debo, y así hé menester mucha ayuda.

5. De lo que vuestra merced dice que ha tenido, no sé que me diga, que cierto es mas de lo que entenderá, y principio de mucho bien, si no lo pierde por su culpa. Ya he pasado por esa manera de oracion, y suele despues descansar el alma, y anda á las veces entonces con algunas penitencias. En especial, si es ímpetu bien recio, no parece se puede sufrir, sin emplearse el alma en hacer algo por Dios; porque es un toque, que dá al alma de amor, en que entenderá vuestra merced si vá creciendo: lo que dice no entiende de la copla; porque es una pena grande y dolor, sin saber de qué, y sabrosísima. Y aunque en hecho de verdad es herida que dá el amor de Dios en el alma, no se sabe adonde, ni cómo, ni si es herida, ni qué es, sino siéntese dolor sabroso, que hace quejar. Y así dice:

Sin herir, dolor haceis:

Y sin dolor deshaceis

El amor de las criaturas.

Porque cuando de veras está tocada el alma deste amor de Dios, sin pena ninguna se quita el que se tiene á las criaturas (digo de arte que esté el alma atada á ningun amor) lo que no se hace estando sin este amor de Dios: que cualquiera cosa de las criaturas, si mucho se aman, dá pena; y apartarse dellas, muy mayor. Como se apodera Dios en el alma, vála dando señorío sobre todo lo criado. Y aunque se quita aquella presencia, y gusto (que es de lo que vuestra merced se queja) como si no hubiese pasado nada, quanto á estos sentidos sensuales, que quiso Dios darles parte del gozo del alma, no se quita della, ni deja de quedar muy rica de mercedes, como se vé despues, andando el tiempo en los afectos.

6. Desas tribulaciones despues ningun caso haga. Que aunque eso yo no lo he tenido, porque siempre me libró Dios por su bondad desas pasiones, entiendo debe de ser, que como el deleite del alma es tan grande, hace movimiento en el natural. Irase gastando con el favor de Dios, como no haga caso dello. Algunas personas lo han tratado conmigo. Tambien se quitarán esos estremecimientos; porque el alma, como es novedad, espántase, y tiene bien de que se espantar: como sea mas veces, se hará hábil para recibir mercedes. Todo lo que vuestra merced pudiere, resista esos estremecimientos, y cualquier cosa exterior, porque no se haga costumbre, que antes estorba, que ayuda.

7. Eso del calor, que dice que siente, ni hace, ni deshace; antes podrá dañar algo á la salud, si fuere mucho; mas tambien quizá se irá quitando, como los estremecimientos. Son esas cosas (á lo que yo creo) como son las complexionés; y como vuestra merced es sanguineo, el movimiento grande de espíritu, con el calor natural, que se recoge á lo superior, y llega al corazón, puede causar eso; mas como digo, no es por eso mas la oracion.

8. Ya creo he respondido al quedar despues, como si no hubiese pasado nada. No sé si lo dice así san Agustín: *Que pasa el espíritu de Dios sin dejar señal, como la saeta, que no la deja en el aire.* Ya me acuerdo que he respondido á esto: que ha sido multitud de cartas las que he tenido despues que recibí las de vuestra merced y aun tengo ahora por escribir hartas, por no haber tenido tiempo para hacer esto.

9. Otras veces queda el alma, que no puede tornar en sí en muchos dias; sino que parece como el sol, que los rayos dán calor, y no se vé el sol: así parece que el alma tiene el asiento en otro cabo, y anima al cuerpo, no estando en él, porque está alguna potencia suspendida.

10. Muy bien vá en el estilo que lleva de meditacion, gloria á Dios, cuando no tiene quietud digo. No sé si he respondido á todo; que siem-

pre torno otra vez á leer su carta, que no es poco tener tiempo, y ahora no, sino á remiendos la he tornado á leer. Ni vuestra merced tome ese trabajo en tornar á leer las que me escribe. Yo jamás lo hago. Si faltaren letras, póngalas allá, que así haré yo acá á las de vuestra merced que luego se entiende lo que quiere decir: que es perdido tiempo sin propósito.

41. Para cuando no se pudiere bien recoger al tiempo que tiene oración, ó cuando tuviere gana de hacer algo por el Señor, le envío ese silicio, que despierta mucho el amor; á condición, que no se le ponga después de vestido, ni para dormir. Púedese asentar sobre cualquiera parte, y ponerle, que dé desabrimiento. Yo lo hago con miedo. Como es tan sanguineo, cualquiera cosa podría alterar la sangre, sino que es tanto el contento que dá (aunque sea una nadería como esa) hacer algo por Dios, cuando se está con ese amor, que no quiero lo dejemos de probar. Como pasé el invierno, hará otra alguna cosilla, que no me descuido. Escríbame como le va con esa niñería. Yo le digo, que cuando mas justicias queramos hacer en nosotros, acordándonos de lo que pasó nuestro Señor, lo es. Riéndome estoy, como él me envía confites, regalos, y dineros, y yo silicios.

42. Nuestro padre visitador anda bueno, y visitando las casas. Es cosa que espanta cuan sosegada tiene la provincia, y lo que le quieren. Bien le lucen las oraciones, y la virtud, y talentos, que Dios le dió. El sea con vuestra merced y me le guarde, que no se acabar cuando hablo con él. Todos se le encomiendan mucho. Yo á él. A Francisco de Salcedo siempre le diga mucho de mí. Tiene razon de quererle, que es santo. Muy bien me va de salud. Hoy son 17 de enero.

Indigna sierva de vuestra merced.

TERESA DE JESUS.

Al obispo envié á pedir el libro, porque quizá se me antojara de acabarle, con lo que después me ha dado el Señor, que se podría hacer otro, y grande, y si el Señor quiere acertase á decir, y si no poco se pierde.

NOTAS.

41. En esta carta prosigue la Santa la misma correspondencia de espíritu con su hermano; y no deja de admirar la luz, y conocimiento raro de lo interior, que Dios dió á aquella alma santísima. Porque como si se paseara dentro del alma de su hermano, y de Francisco de Salcedo, de quien habla en el número segundo, y midiera su espíritu vara á vara,

palmo á palmo, y dedo á dedo, les calificaba su aprovechamiento, y así dice: *Y aun Francisco tiene algun poco de experiencia; mas no lo que Dios hace con vuestra merced.* Alto conocimiento, dice grandísima santidad; porque en materia de espíritu es lo ordinario, que sobre la santidad se funda el conocimiento.

2. Después de haber tomado á su cargo en el número primero el alma de su hermano en lo que le dijo su confesor, le advierte en el número segundo, que no ande dando obediencias. Y yo creo que habla de obediencia, que obligue á culpa mortal. Y es santísimo consejo, porque no hay que multiplicar preceptos en esta vida, sino es cuando por la vocación entran á la religion las almas, que son llamadas de Dios.

3. En el número tercero, después de haber dicho con harta gracia: *Que anda Dios tras gente ruin* (y bien ruin que somos las criaturas débiles, y miserables) habla de sus arrobos, como de grande trabajo; porque no hay duda, que para almas desengañadas este género de favores son grandísimos trabajos; pues no pueden escapar de uno de dos trabajos grandísimos, ó alabarlas, ó murmurarlas. Si las alaban, sienten de muerte las alabanzas; y si las murmurian, sienten el escándalo que se toman los prójimos, que es ocasión, aunque sin culpa de ofensas de Dios.

4. Donde dice: *No están libres las potencias*, no quiere decir, que con la oración que tenia cuando gobernaba el monasterio, no obraban libremente las potencias, sino que obraban libres, y atadas. Porque como el alma pedía lo interior, y obraba en lo exterior; ó por decirlo con el estilo de la Santa, el espíritu del alma pedía lo interior, y el alma obraba en lo exterior, tiraba á lo interior el espíritu del alma; y el alma se ocupaba, llevada de la obligacion en lo exterior. Con que aunque obraban las potencias libres, no libres del todo; porque tiraba dellas, y de ella el espíritu hacía Dios. Como si una persona tuviese una cadena á los pies, y anduviese, y el que tiraba de la cadena le detuviese algunas veces; que en ese caso, aunque obraba el encadenado libre, pero obraba encadenado, y no libremente obraba.

5. En el número cuarto dice: *Que suceden á las sequedades los favores.* Así es la vida del alma, como fué la del Señor. Nace, y le cantan la gloria los ángeles, y le adoran los pastores; pero luego lo busca el cuchillo doloroso de la Circuncision. Vienen á adorarlos los reyes, pero luego otro rey lo busca para la muerte, y huye á Egipto. Todo es consuelo, y desconsuelos en la vida del espíritu. Pero santa Teresa aquí elige los desconsuelos, y los temores; y le cansan los consuelos, y favores. No me admiro, que la vida del Señor tuvo mas de desconsuelo, que de gustos, y consuelos.

6. Todo el número quinto es muy notable; y lo es tambien el decir: *Que suele descansar el alma de los ímpetus de amor, con la penitencia.* ¡Qué tal es el alma, que es la penitencia consuelo de sus fatigas! Y tiene razon el alma; porque ¿cómo puede amar al que padeció por ella, sin desear padecer ella por él? Y si desea padecer ella por él, será su fatiga, y su tormento el descanso; será su alivio el tormento, y la fatiga. ¡O lenguaje celestial! ¡O vida santa! ¡O vida contraria de esta miserable vida! En la cual se tiene por tormento el padecer; y después, por no padecer aquí poco, y breve, se viene á padecer un dolor sobre infi-

nito, y eterno. Pero en tí, vida dichosa de espíritu, y de verdad, es gloria aquí el padecer, y despues es gloria eterna el gozar.

7. Aquí esplica la copla que advertimos arriba, y no la quisimos esplicar; ¿pues quién ha de esplicar lo que esplicó la Santa, sin echarlo a perder? Dice: *Que con gran dulzura quita Dios del alma el amor de las criaturas.* ¿Mas qué mucho, si quita del alma el amor extraño, y deja el propio del alma? ¿Qué otro amor es propio del alma sino el amor de Dios, que la crió para sí? ¿Y cómo no ha de ser dulce el entrar Dios en el alma, y salir las criaturas, siendo Dios la misma dulzura, suavidad, gloria, y consuelo; y por el contrario, las criaturas la misma pena, dolor, y amargura, y desconsuelo? ¿Salen las tinieblas, y entra la luz, y puede hacerse sin gusto? Sale lo malo, y entra a gozar el alma lo santo, y bueno, ¿y puede hacerse sin gusto? Sale lo corto, lo limitado, y congóioso; y entra lo grande, lo dilatado, lo hermoso, y lo glorioso, ¿y puede hacerse sin gusto? Pero dejemos esto, porque no pueden esplicar bastantemente las plumas lo que se siente en las almas.

8. En el número sexto le habla de algunas tribulaciones, que debía de padecer; y dile que no se aflija, ni haga de ellas caso: esto es, que procurando poner en Dios su corazón, y deseo, todo lo demás lo aborrezca, y lo tenga por extraño, y no se aflija. Comunmente es mejor, y aun casi siempre, despreciar la tentación, que no procurar vencerla; por ser cosa peligrosa meterse a razones con el diablo. Diga lo que quisiere, y haga yo lo que conviene: esté yo con Dios, y obre él lo que le dieren licencia; porque si yo tengo a Dios, no temo a todo el infierno junto: *Pone me iuxta te, et cujusvis manus pugnet contra me* (Job. 47, v. 3).

Quando el demonio tentaba a san Antonio abad, y lo maltrataba, le respondia: *Haz lo que Dios te dá licencia, que hagas en mí.* Como si dijera: De Dios soy, y a Dios me doy, para Dios me quiero; haz en mí todo lo que quiere Dios, como yo haga, y padezca todo lo que quiere Dios.

9. De los temblores, ó estremecimientos, que tenia le advierte, que de ellos no haga caso. Y como grande espiritual le iba enseñando a que se negase a todo lo exterior, para que fuese en todo mas interior. Yo conocí un hombre seglar muy espiritual, y que habia treinta años que hacia grandísima penitencia, que en poniéndose a oír misa, se le encendia el espíritu de suerte, que le daba un temblor de cuerpo tan vehementemente, sin echarlo jamás en tierra (cosa que parecia milagro) que lo batía como el viento recio a un seco cañaveral. Y a san Felipe Neri, quando se le encendia en amor el corazón, le temblaban las manos, y todo el cuerpo. Pero de todo esto exterior se niegue el alma a la propiedad, y no haga caso sino de amar, y servir a Dios.

10. En el número octavo dice la Santa: *Que no importa que despues de algunos favores de Dios, quede el alma, como si no hubiera pasado por ella cosa alguna; porque Dios no deja las señales visibles, sino invisibles.* Esto es, que en pasando Dios por el alma, y sus favores, enriqueciéndola, y mejorándola, no luego ella conoce, ni reconoce, ni ve sus riquezas; pero allí las tiene, allí las deja, allí están; y si no las pierde, las halla. Porque aunque algunas veces conoce el alma tambien con-

aturalmente su aprovechamiento, y tal vez por revelación ciertamente; pero para que no lo conozca hay muchas razones fuertes. La primera, que con ausencia de la luz queda toda el alma a oscuras. Fuese la luz del fervor, y sucede a él la tribulación, y con ella al sentido menos luz. La segunda, porque el Señor, por si acaso la levantó sobrado el fervor, le humille tambien con su ausencia; si la tuvo alegre con el favor, y presencia. La tercera, porque hay dos conocimientos en el alma: uno de Dios, y otro de sí; y mas facilmente puede el alma conocer de Dios, que de sí. Porque para conocer de Dios, le ayuda su luz, pero para conocerse le impide su propio amor; y este, si no lo deshace aquella luz, no nos deja conocer, y así en ausentándose, queda el alma como a quien falta luz.

11. En el número nono propone la Santa el estado de un alma, quando Dios le deja luz, y la pone en rara altura; porque todo ese bien, y esta altura del alma depende de aquella luz increada. Ella la alumbrá, para que vea; ella la fortifica, para que sea; ella la calienta, para que arda; ella la guía, para que obre; ella la alienta, para que padezca; ella la abraza, para que arda; y aun ella la hiere, para que muera. Y a esto miraria aquella ternisima canción del venerable padre Juan de la Cruz, quando dijo (*Cant. 1, del lib. Llama de amor*):

¡O llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el mas profundo centro!
Si ya no eres esquiva,
Acaba ya si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

Pero esto no es para pecadores como yo, sino para quien lo entiende, y lo experimenta.

12. Del orar lo lleva luego la Santa al obrar. Y en el número undécimo le envia un silicio. ¡Qué buena correspondencia de hermanos! ¡Qué pláticas! ¡Qué consejos! Y porque todo lo suavice, y facilite con su gracia natural la Santa, añade: *Riéndome estoy de que me envíe regalos, y yo silicios.* Cada uno, como buen espiritual, enviaba al otro lo que habia menester. Al de la profesión regalada, silicios; al penitente regalos: pues siendo buenos entrambos, cada uno de aquello que se enviaban entre sí, tomaria solamente lo que hubiese menester.

CARTA XXXIII.

Al mismo señor Lorenzo de Cepeda, hermano de la Santa.

1. Jesús sea con vuestra merced. Ya estuve buena de la flaqueza del otro día: y despues pareciéndome que tenia mucha cólera, con miedo de estar con ocasión la Cuaresma para no ayunar, tomé una purga, y aquel día fueron tantas las cartas, y negocios, que estuve escribiendo hasta las dos; y hizome harto daño a la cabeza, que creo ha de ser para